

La Segunda Sinfonía de Felix Mendelssohn-Bartholdy, subtitulada “Lobgesang” o “Canto de alabanza”, es en realidad una sinfonía-cantata, escrita para celebrar el cuarto centenario de la invención de la imprenta, un hecho fundamental que contribuyó a la extraordinaria difusión de la doctrina protestante en la poética traducción de la Biblia por Martín Lutero (al que Mendelssohn dedicó asimismo su Quinta sinfonía, “de la Reforma”). Mendelssohn, nacido en Hamburgo, en el seno de una familia judía alemana de reconocida cultura (su abuelo había sido el famoso filósofo de la Ilustración Moses Mendelssohn), se adscribió posteriormente en Berlín a la fe luterana, y su labor fue decisiva en la recuperación de la obra de J.S. Bach, con la primera audición pública de la “Pasión según San Mateo” tras la muerte de su autor, en la iglesia de Santo Tomás de Leipzig.

Tres de los principales representantes de lo que, en un sentido amplio, podemos denominar el Romanticismo francés, cierran la primera parte. Se trata de Camille Saint-Saëns, con un fragmento de su encantador “Oratorio de Navidad”, de 1858; Gabriel Fauré, con su expresivo y sereno “Cantique de Jean Racine”, de 1863-64, que comparte la etérea y recogida atmósfera de su célebre “Réquiem”, y Adolphe Adam, que debe su fama a uno de los ballets románticos por antonomasia, “Giselle”, y también a su “Cantique de Noël”, que, más conocido como “O holy night”, ha dado la vuelta al mundo hasta en versiones jazzísticas.

Se abre la segunda parte con el resplandeciente “Sound the trumpet” (Suena la trompeta), perteneciente a la espléndida “Oda para el cumpleaños de la Reina Mary” de Henry Purcell, quien supo reflejar como nadie toda la pompa y el boato de las ceremonias de la corte inglesa, tanto en esta partitura destinada a celebrar el 33 cumpleaños de la monarca, en 1694, como la que escribiría sólo unos meses después para su prematura muerte, de un lacerante dramatismo.

Vendrá después uno de los bellísimos “16 Valses, Op. 39” de Johannes Brahms, escritos en 1865 originalmente para piano a cuatro manos como homenaje del compositor hamburgués al vienés Franz Schubert, y que constituyen una de sus obras más líricas y delicadas. Como lo es el poético oratorio de su gran amigo, el admirado Robert Schumann, “Der Rose Pilgerfahrt” (El peregrinaje de la rosa), escrito en sus años de director musical en Düsseldorf en 1851, donde realizó una importante labor al frente del excelente coro de la ciudad. Su último oratorio narra la emotiva historia de una flor que se encarna en una muchacha y finalmente se transfigura y asciende al cielo.

La pieza de Ervin Drake, nacido en 1919, es un arreglo del celeberrimo “Ave María” del francés Charles Gounod, autor de gran convicción religiosa, como prueba su “Misa Solemne de Santa Cecilia”, escrito en 1859 a partir del primer Preludio de “El clave bien temperado” de J.S. Bach. Enlazará con una de las más inspiradas canciones de Felix Mendelssohn-Bartholdy, “Auf Flügeln des Gesanges” (En las alas del canto), sobre un texto de Heinrich Heine, que hoy escucharemos con versos de la gran Rosalía de Castro, en un homenaje de César a sus tierras gallegas.

Nos mecerá después el ritmo de barcarola de la conocida página perteneciente a “Los Cuentos de Hoffmann”, la obra maestra de Jacques Offenbach, ópera fantástica estrenada en la Opéra-Comique de París el 10 de febrero de 1881. Curiosamente, este evocador fragmento procede de una ópera anterior del compositor alemán, titulada “Die Rheinnixen” (Las ninfas del Rin).

“El Danubio azul” es el vals rey del rey de los valsos, Johann Strauss hijo, que hizo este género, tan típicamente vienés, famoso en todo el mundo, aunque no es tan conocida la versión para coro de esta obra compuesta en 1867. Y, para terminar, no podría haber mejor colofón para un concierto coral que el Aleluya de “El Mesías” de G.F. Haendel, oratorio estrenado en Dublín en 1741. Se dice que el mismísimo rey de Inglaterra se levantó cuando oyó esta pieza. No es para menos, tal es su espectacular brillantez.



Rafael Banús Irusta